VI Domingo de Pascua, Ciclo C

No conviene estar solos

"Dijo Jesús: El que me ama guardará mi palabra y mi Padre le amará y vendremos a él y haremos morada en él". San Juan, cap. 14.

Si al terminar la creación, Dios hubiera convocado una rueda de prensa, ante la pregunta sobre la pareja humana, habría declarado a los periodistas, cómo leemos en el Génesis: No es bueno que el hombre esté solo.

La soledad: Nuestro gran problema. El que nunca resolvemos plenamente.

Nos pasamos la vida intentando romper la soledad: El primer llanto al nacer, el balbuceo de los meses siguientes, los primeros pasos vacilantes, los juguetes, la amistad, son esfuerzos por encontrar compañía.

Quien enciende un cigarrillo, el que bebe, llama por teléfono, o sintoniza una emisora a la madrugada. El que suscribe una carta, el que guarda una fotografía, toca su guitarra, se droga, consulta un adivino, pretende quizás sin darse cuenta, encontrar compañía, superar la soledad.

Toda comunicación humana, desde el lenguaje, la caricia, el apretón de manos, el abrazo, la mirada... Hasta los deshumanizados computadores son un grito de angustia, un posible remedio a la soledad.

Pero existen dos proyectos fundamentales para vencerla: La comunidad hombre-mujer, que se prolonga en los hijos y la búsqueda de Dios.

¿ Sin embargo, logran estos dos proyectos remediar el problema?

El primero es siempre un proyecto en camino, inconcluso, condicionado, sujeto a innumerables imitaciones. Por grande que sea el amor humano, siempre deja en el alma un rincón solitario. La compañía de Dios es la única respuesta total a nuestras soledades.

Cuando Jesús nos dice que el Padre nos ama, que llega hasta nosotros y que en nosotros hace su morada, promete remediar nuestro problema.

¿Por qué será entonces, que todavía nos sentimos solos?

Marguerite Yourcenar cuenta una historia: Alguien vivía extrañado de que una niña no le hubiera puesto ningún nombre a su gato: ¿Cómo lo llamas? ¿ Qué le dices cuando quieres que venga?

-Yo no lo llamo- responde la niña. El viene cuando quiere. ¿No ves que somos amigos?

La amistad de Dios es obligante, porque su amor es más fuerte que la muerte. Pero respeta inmensamente nuestra libertad. Aunque nos conoce nominalmente a cada uno, aguarda que vayamos a El libremente.

Vale la pena buscar su compañía, remedio definitivo contra toda soledad.

Padre Gustavo Vélez Vásquez m.x.y.